

pieza á restablecerse el orden puéblanse de nuevo sus colegios, y sus delegados representan un papel de primer orden en el concilio de Basilea. Pero precisamente en los grandes debates del cisma y del galicanismo es en donde, como veremos, la Universidad de París pone más en evidencia su mediocridad.

En esta Universidad, que pasa por modelo de todas las demás, la pequeñez de las inteligencias corre parejas con la bajeza de los caracteres. Su más famoso doctor, en tiempo de Carlos VII, es Tomás de Courcelles, pedante infatuado con sus diplomas, malvado é hipócrita; este personaje, que dirigió el concilio de Basilea, había sido uno de los jueces de Juana de Arco y había trabajado en el proceso verbal y en la requisitoria y pedido la tortura para aquella joven que se atrevía á apelar directamente á Dios y sabía contestar á los doctores. Llamado posteriormente como testigo en el proceso de rehabilitación, perdió repentinamente la memoria y pretendió no haber desempeñado ningún papel importante en el drama de Ruán. Pues bien, este hombre fué el encargado de la «predicación» en la misa solemne del entierro de Carlos VII: la Universidad no encontró entre sus miembros ninguno que fuera más digno de este honor.

La contienda entre la Universidad de París y un español que viajó por Francia en 1445, maese Fernando de Córdoba, es una demostración elocuente de las ilusiones, de la vanidad y de la tontería de los sabios de aquel tiempo. Fernando de Córdoba era un joven de veinticuatro años, dotado de una gran memoria y de una fatuidad poco común; declaraba que sabía de todo y que podía confundir á todos los doctores de aquella Universidad, pero habiéndole ésta intimado que probara lo que decía, no quiso dejar que le interrogaran y abandonó la capital. Difícil es resolver sobre quién fué más ridículo, si el jactancioso que escurrió el bulto ó la Universidad, que se consideró ofendida en su dignidad y pidió que maese Fernando de Córdoba fuera conducido ante ella de grado ó por fuerza (1).

La reforma de la Universidad de París, promulgada en 1452 por el cardenal de Estouteville, no aportó ninguna mejora seria á los estudios: téngase en cuenta que fué preparada por una comisión en la que figuraban algunos consejeros de Carlos VII y veintiocho delegados de la Universidad, y que en estas condiciones no podía ser ni fué otra cosa que un reglamento de disciplina general de exámenes, no una reforma pedagógica, pues los funcionarios reales se preocupaban muy poco del griego y los profesores universitarios se creían todos en posesión de los métodos mejores.

Desde que enmudecieron Gerson y Nicolás de Clamanges, nadie se atrevía en Francia á combatir la escolástica y los viejos sistemas de enseñanza, ni á pesar en su justo valor lo que el alemán Nicolás de Cues llamaba la «docta ignorancia»; y si en tiempo de Carlos VII hubo, á pesar de todo, franceses que supieron reflexionar y observar la naturaleza y la humanidad, fueron espíritus independientes que debieron muy poco á su educación.

(1) El relato de este incidente hecho por Julián Havet («Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris», tomo IX) ha sido rectificado por el P. Denifle, *Auctarium Chartularii Universitatis Parisiensis*, tomo II, págs. 631-632.

II.—La teología, las ciencias, la historia, la política (2)

En tiempos de Carlos VII, el dogma oficial sólo se ve amenazado por algunas insignificantes imprudencias. Apresúrase á atajar la extensión de la herejía de los hussitas de Bohemia, que poco antes de 1430 ha penetrado en la castellanía de Lilla (3). Los «herejes» á quienes se quema son las más de las veces simples brujos ó gentes consideradas como tales.

El único movimiento heterodoxo de alguna importancia cuyo recuerdo han conservado los documentos de aquella época, fué debido á causas sociales y no religiosas. Durante los primeros diez años del reinado de Carlos VII, varios agitadores cuya personalidad ha permanecido obscura, recorrían el Forez y el Velay excitando el odio de los aldeanos contra los nobles y los clérigos que no contribuían á los enormes subsidios pagados al rey y predicando, como medio siglo antes John Ball y los «Pobres Sacerdotes» de Wicliffe en Inglaterra, contra la desigualdad de las condiciones: Dios había dicho á Adán que todos sus descendientes debían ganar el pan con el sudor de su frente, y no había dicho que debiera haber señores y clérigos holgazanes; era, pues, necesario que todo el mundo trabajase, y bastaba un solo sacerdote para cada parroquia. En 1431 aquellos demagogos lograban provocar una sublevación comunista: los aldeanos atacaban á los eclesiásticos y ponían sitio á los castillos; pero la nobleza del Forez y del Borbonés, unida á los hombres de armas de Villandrando, exterminó fácilmente á aquella canalla que pretendía obligarla á trabajar y á pagar los impuestos. Los eclesiásticos, por su parte, alarmáronse de una doctrina tan subversiva y la condenaron como herética. Ha habido realmente muchas revoluciones religiosas que comenzaron por agitaciones sociales del mismo género que la que acabamos de referir.

De suerte que las únicas herejías de aquel tiempo son importaciones extranjeras ó doctrinas anarquistas inspiradas por las calamidades que pesan sobre los pueblos. En el mismo clero el movimiento intelectual es casi nulo. De toda la producción teológica y filosófica de aquella época, la única obra digna de mención es la de Raimundo de Seboude, profesor de filosofía en la Universidad de Tolosa. Para demostrar la verdad de la doctrina cristiana por medio de la razón, de la naturaleza y de las necesidades del alma, escribió allá por el año de 1434 un *Libro de las Criaturas* (*Libro de las Criaturas*), que demuestra cierto vigor de inteligencia, pero que carece de originalidad: su metafísica, su moral, su política, son de la Edad media. Los demás filósofos se limitan á machacar silogismos, á comentar á

(2) FUENTES.—El P. Feret, *La Faculté de Théologie de Paris*, tomo IV, 1897, indica las obras salidas de esta facultad. *Geographie de Berry*, en Labbe, *Alliance chronologique*, tomo I, 1651. *Débat des hérauts d'armes de France et d'Angleterre*, edición Pannier y Meyer, 1877. *Oeuvres de Ghillebert de Lannoy*, edición Potvin, 1878. *Le voyage de Bertrand de La Broquière*, edición Scheffer, 1892. Respecto de las crónicas, consúltense las bibliografías indicadas en el libro I.

OBRAS DE CONSULTA.—D. Reulet, *Recherches sur Raymond de Sebonde*, 1875. Lelewel, *Geographie du Moyen Age*, tomo II, 1852. Kretschmer, *Die physische Erdkunde im christlichen Mittelalter*, 1889. Pechenard, *Jean Juvenal des Ursins*, 1876.

(3) Pablo Fredericq, *Corpus documentorum Inquisitionis Neerlandicae*, tomo I, n.º 276.

Aristóteles sin leerlo en su texto, y á cultivar el arte de hablar para no decir nada.

El humanismo habría podido reanimar los estudios filosóficos, restituir el sentido de la realidad y de la vida á las inteligencias agostadas por la escolástica, y darles á conocer y hacerles saborear al verdadero Aristóteles y la verdadera antigüedad; pero los eruditos del siglo XIV no habían tenido sucesores; no había casi traductores y no existían filólogos.

Fuera de la Iglesia, fuera de las Universidades, hay en el siglo XV una vida científica como hay una vida literaria. Los astrólogos, que también son astrónomos, los alquimistas, que son también químicos (1), los geógrafos, los viajeros y los cartógrafos, son investigadores independientes; los príncipes costean sus trabajos y sus viajes, compran mapamundis, mapas y astrolabios, tienen laboratorios, colecciones de fieras y jardines botánicos, pero se carece de métodos y los investigadores se mueven sin avanzar un paso. Las ciencias más inmediatamente útiles permanecen estacionarias; los médicos, por ejemplo, son hombres de ignorancia crasa (2).

Los conocimientos que sólo requieren una observación directa y relativamente fácil de la realidad son los únicos que progresan; las leyes de la física terrestre siguen siendo inaccesibles á gentes que pretenden todavía poner de acuerdo, merced á razonamientos abstractos, la Biblia y las teorías de los cosmógrafos griegos; pero en cambio hay hombres inteligentes que se dedican á describir los aspectos naturales, los recursos económicos y las costumbres. El heraldo que á fines del reinado de Carlos VII compuso el *Débat des hérauts d'armes de France et d'Angleterre* (*Debate de los heraldos de armas de Francia y de Inglaterra*) introdujo en esta obra un pequeño curso de geografía económica, en el cual compara de una manera perspicaz los recursos de los dos países enemigos, y después de haber estudiado las vías de comunicación, las riquezas del suelo y del subsuelo y la industria, deduce de todo ello la superioridad de Francia desde este punto de vista

(1) Marcelino Berthelot, artículo ALCHIMIE en la *Grande Encyclopédie*. La obra de Berthelot sobre *La chimie au moyen âge* (3 volúmenes, 1893) no contiene dato alguno sobre los tratados de alquimia posteriores al comienzo del siglo XIV. Respecto del estado general de las ciencias en la Edad media, véase el resumen de Tannery en la *Histoire générale*, tomo III, capítulo V.

(2) Y sin embargo, los médicos habían de cumplir una importante misión. Aun después de restablecida la paz, hubo durante el reinado de Carlos VII terribles epidemias. La higiene privada, durante la Edad media, no era tan mala como se ha dicho, pues estaba bastante generalizada entre todas las clases sociales el uso de los baños; en cambio, la higiene pública no existía. Cuando Luis XI á su advenimiento al trono anunció su propósito de visitar Angers, destináronse durante cuatro meses tres carreteros á limpiar las calles, habiendo extraído trescientos cuarenta chirriones de «basura.» (Marchegay, *Notices et pièces historiques*, 1872, pág. 268.) Las poblaciones eran, por consiguiente, focos permanentes de infección; esto no obstante, cuando el peligro estaba inmediato, algunas medidas dictadas por el buen sentido atenúan el mal, y así se logró en la Edad media circunscribir los estragos de la peste bubónica y de la lepra. En algunas ciudades existía la costumbre de quemar las ropas y el mobiliario de los apesadados, y á veces hasta sus casas. El aislamiento absoluto de los «leprosos» practicado desde el siglo XIII, acabó con el azote de la lepra hasta el punto de que los innumerables hospitales de leprosos fundados en Francia á impulsos de la caridad y del miedo al contagio estaban á menudo casi vacíos.

lo mismo que desde los demás. Se ha atribuido á otro heraldo, Berry, rey de armas de Carlos VII, un «librito» hoy muy olvidado, á pesar de ser sumamente curioso, sobre «la manera, la forma y las propiedades de las cosas que hay en todos los reinos cristianos:» es un opúsculo en que abundan las observaciones precisas sobre geografía física y económica, costumbres, régimen alimenticio, traje y carácter de los habitantes de cada



El rey Renato. Miniatura de su devocionario (Biblioteca Nacional, París.)

país, y que su autor dedica á los que como él «se deleitan viendo el mundo (3).»

La afición á los viajes estaba muy extendida y los viajeros no dejaban de tomar notas y publicarlas. El caballero lillense Guillebert de Lannoy nos ha relatado sus largas excursiones por Europa, Egipto, Siria y Palestina. Bertrandón de La Broquiere, primer trinchante de Felipe el Bueno, era un excelente observador que nos ha dejado uno de los libros más interesantes del siglo XV; durante su permanencia en Palestina y en Siria y su viaje de regreso por la península de los Balcanes, anotó con exactitud los climas, las costumbres y las creencias, y juzgó con notable imparcialidad al pueblo turco: «Son gentes muy caritativas unas para otras y gentes de muy buena fe. He visto muchas veces, cuando comíamos, que si pasaba cerca de ellos un pobre, le hacían venir á comer con nosotros, cosa que nosotros no haríamos.» A los turcos los distingue cuidadosamente de los árabes, gentes desleales y ávidas. Su pintoresca descripción del regreso de la caravana de la

(3) Este opúsculo es realmente del siglo XV; pero ¿es del heraldo Berry? La opinión del P. Labbe, que se lo atribuye, nos parece muy discutible.

Meca, su entrevista con el emperador bizantino Juan Paleólogo, su narración de la audiencia concedida por el sultán Murad al embajador milanés son fragmentos dignos de mención especial.

El final de la guerra de Cien Años es una de las épocas de la Edad media mejor conocidas en detalle, gracias al gran número y a la exactitud de los cronistas que la han descrito. Es verdad que muchos de estos cronistas no han tomado la pluma hasta después de la muerte de Carlos VII, y que el más famoso de todos ellos, Jorge Chastellain, escribió su obra principalmente durante el reinado de Luis XI; pero de todos modos, la generación de Carlos VII ha producido escritos históricos de valía. Si el historiógrafo oficial de la monarquía, Juan Chartier, fué negligente y necio, en cambio el rey de armas de Francia, Berry, compuso una crónica (1402-1455) y un relato del *Recouvrement de Normandie* (*Recobro de Normandía*), que se recomiendan por su narración abundante, precisa y muy juiciosa de los hechos de guerra, y el capellán de la reina María de Anjou, Roberto Blondel, relató también la *Reduction de la Normandie* (*Reducción de la Normandía*) (1). Los grandes señores protegen y pensionan á uno ó á varios cronistas: Guillermo Cousinot, tío del célebre consejero de Carlos VII, compone en honor de la casa de Orleans la *Geste des Nobles* (*Gesta de los Nobles*); el exacto é interesante Perceval de Cagny es un familiar de los duques de Alenzón; Miguel de Bernis y Esquerrier son servidores del conde de Foix Gastón IV; el concienzudo Enguerrando de Monstrelet, preboste de Cambrai, y su excelente continuador Mateo de Escochy, preboste de Péronne, que inauguran la pléyade de grandes cronistas borgoñones, son probablemente protegidos de Juan de Luxemburgo.

Entre las obras independientes que reflejan una opinión personal é indudablemente la opinión de una clase ó de un partido, la más notable es *Le journal d'un Bourgeois de Paris* (*El diario de un ciudadano de París*). Se ha supuesto que este pretendido «ciudadano» era Juan Beaurigout, párroco de Saint-Nicolas-des-Champs, ó Juan Chuffart, canónigo de Notre Dame y rector de la Universidad; pero ninguna de estas dos hipótesis es aceptable, y es preciso contentarse con decir que aquel Diario fué escrito, como su propio autor lo declara, por uno «de los más perfectos clérigos de la Universidad de París.» Esta obra refiere en sus detalles todo cuanto hubieron de sufrir los parisienses desde 1405 á 1449, y nos informa lo mismo del precio de la manteca y de los sucesos de escasa importancia, que de los acontecimientos políticos. Ya hemos visto la luz que arroja sobre el estado de ánimo del partido borgoñón este Diario, que es un documento de una sinceridad y de una intensidad de vida extraordinarias.

La literatura didáctica y política es casi tan rica como en el siglo precedente: la iniquidad del tratado de Troyes, las calamidades de Francia, la corrupción de costumbres y la inercia del rey Carlos VII suscitaban obras de protesta en extremo interesantes, anónimas unas y otras firmadas por Roberto Blondel, Alain Chartier y Juan Jouvenel de los Ursinos.

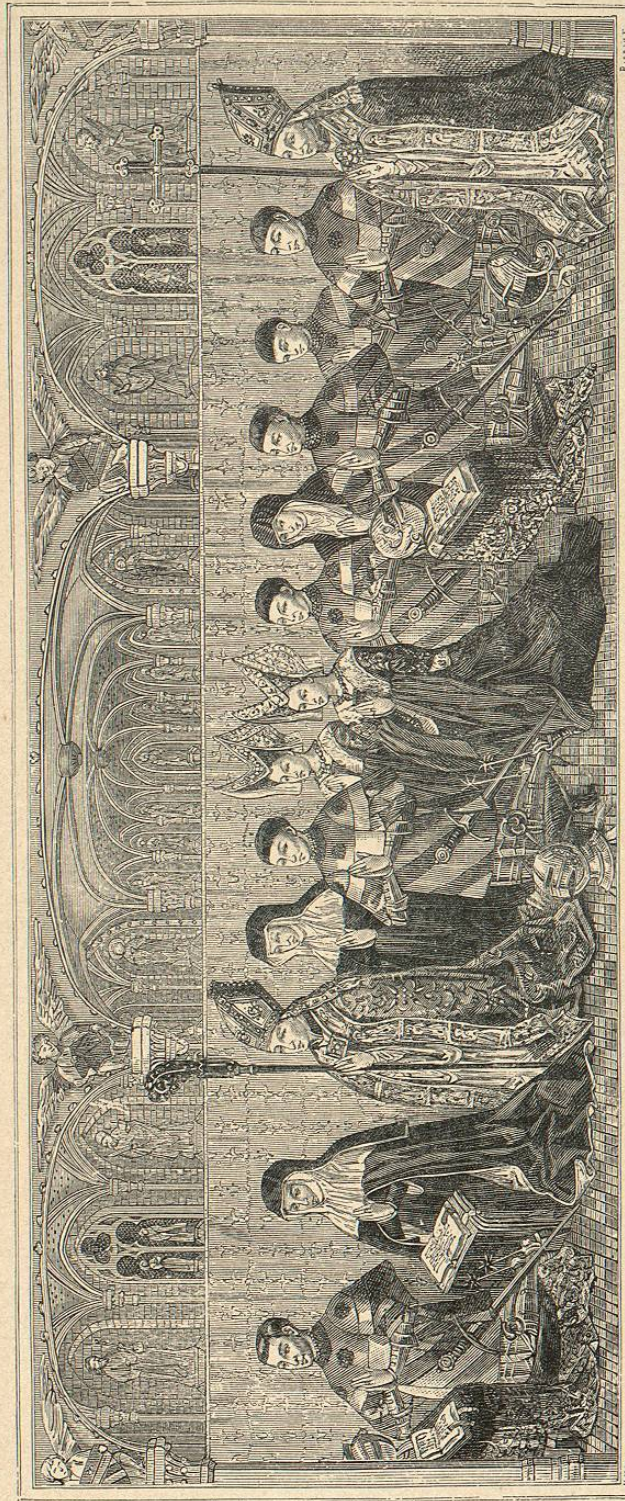
(1) Respecto de Roberto Blondel, patriota y libelista, véase lo que hemos dicho en la pág. 628.

Alain Chartier (1385-1430?) vió de cerca las miserias del reino de Bourges; arrojado de París por los asesinatos de 1418, pasó casi todo el resto de su vida cerca de Carlos VII, que le empleó como secretario y como diplomático. El *Quadrilogue invectif* (*Cuadrilogo invectivo*), escrito, como hemos dicho, en 1422; el *Curial* y el *Livre des trois vertus* (*Libro de las tres virtudes*), compuesto en los momentos del sitio de Orleans, son obra de un hombre honrado, afligido por la ruina de la nación y por una corrupción moral que pudre á toda la sociedad y aun á la misma Iglesia. Alain Chartier se inspira en un verdadero sentimiento patriótico evidentemente nutrido de antiguos recuerdos, y que por esta misma circunstancia no está muy distante del moderno patriotismo. Sus obras en prosa, encerradas aún en su mayor parte en los antiguos marcos de la alegoría, se apartan, sin embargo, de la Edad media por el pensamiento y también por el estilo. Alain Chartier había aprendido el latín en los buenos autores, como lo demuestran los opúsculos que escribió en este idioma, y su prosa francesa tiene la enérgica precisión, la armonía y la abundancia del estilo romano, y merece ocupar un puesto muy elevado en la historia de nuestra literatura.

Juan Jouvenel de los Ursinos (2), hijo segundo del famoso preboste de los mercaderes, había sufrido en 1418 la misma suerte que su padre y Alain Chartier, es decir, se había visto obligado á salir precipitadamente de París y había ido á juntarse con el delfín Carlos, habiendo llegado á ser uno de los principales personajes del reino de Bourges. Treinta y cuatro años contaba cuando subió al trono Carlos VII; relator del Palacio primeramente, fué sucesivamente abogado general en el Parlamento de Poitiers (1425), capellán del rey y obispo de Beauvais (1432). Trasladado en 1444 de la sede de Beauvais á la de Laón, fué de este modo duque y par de Francia, y, finalmente, en 1449 sucedió á uno de sus hermanos, Jacobo Jouvenel, en la sede arzobispal de Reims. Carlos VII le confió algunas importantes misiones diplomáticas y judiciales; pero Jouvenel de los Ursinos no era un prelado de corte, sino que cuidaba muy mucho de administrar bien su diócesis, y si sirvió con celo al rey también supo hablarle con notable independencia. Fué el Alceste del reinado y á todo el mundo dijo la verdad, mostrándose más agresivo á medida que fué haciéndose viejo.

Una de sus primeras obras es una *Histoire de Charles VI* (*Historia de Carlos VI*), que compuso durante su permanencia en Poitiers; en ella se muestra compasivo con el desgraciado Carlos VI y con los armagnacs, y reserva su severidad para la política borgoñona, que le parece monstruosa. Posteriormente empleó preferentemente su numen en censurar á sus amigos. En su primera *Epístre au roy* (*Epístola al rey*), compuesta

(2) Llamábase á sí mismo «Juvenal des Ursins», que era el nombre que llevaba uno de sus antepasados, Giovenale degli Ursini, cuyo hijo se había establecido en Francia fundando la familia de los «Jouvenel.» No hay razón alguna, como lo ha demostrado M. Durrieu («Annuaire-Bulletin de la Société de l'Histoire de France», 1892), para negar al obispo el derecho de llamarse «de los Ursinos», porque realmente era de la misma familia de los Orsini de Roma; pero es mejor llamarle «Jouvenel» que «Juvenal», puesto que «Jouvenel» era el nombre que su padre había ilustrado.



JUAN JUVENAL DE LOS URSINOS, SEÑOR DE TRAINEL, Y SU FAMILIA (Museo del Louvre)

hacia 1433, traza un cuadro espantoso de las miserias de la Francia armagnaca, y achaca la culpa de ellas á los mismos armagnacs, á los procuradores generales que no hacen justicia, á los nobles que organizan el saqueo de los campos, á los hombres de Iglesia que se deshonran con sus vicios y á los mercaderes que dan el ejemplo del robo. Sin embargo, no dice más que bien de Carlos VII, el cual está visiblemente protegido por Dios; el rey es, por otra parte, «el alma, el principio vital de la cosa pública,» y todos deben pensar, sin se-

deciros á vos y á los que á vos se unen.» Se habla de obtener la paz cediendo la Normandía á los ingleses, lo cual no es posible: «Abandonarla sería cosa maravillosa y dura y que podría ser causa de la condenación de vuestra alma y de perpetuo deshonor, puesto que aquella región no es vuestra, sino de la corona, de la que sólo sois administrador, tutor, curador y procurador.» Termina invitando al rey á que convoque los Estados generales en París «para encontrar los medios de restaurar vuestro reino y hacer reinar en él la justi-



Interior del estudio de un literato en el segundo tercio del siglo xv. (Miniatura de un manuscrito, Biblioteca Nacional de París.)

gunda intención, en que recobre su señorío. El mismo tono se observa en el *Discours touchant les differends entre les rois de France et d'Angleterre* (*Discurso sobre las controversias entre los reyes de Francia y de Inglaterra*); este tratado, escrito en 1435, es, bajo una forma alegórica, una demostración jurídica del buen derecho de Carlos VII (1).

Cinco años después, en los momentos más terribles de los «desolladores,» Jovenel, en una nueva *Epistre au roy*, censura al mismo Carlos VII: el rey no escucha las quejas de las pobres criaturas humanas que Dios le ha confiado; duerme en vez de castigar á los desolladores y de conducir la guerra vigorosamente para acabar con los ingleses; en la asamblea de los Tres Estados recientemente celebrada en Orleáns, apenas se ha dejado ver; la Escritura condena á los jefes negligentes, y por lo tanto el rey ha de pensar en la salvación de su alma. Que tema por lo menos el atraerse el odio de sus súbditos, pues «el pueblo está como desesperado y rabioso y no hace más que murmurar y mal-

(1) Este discurso es distinto del *Traictié compendieux de la querelle de France contre les Anglois* (*Tratado compendioso de la contienda de Francia contra los ingleses*) de que hemos hablado anteriormente, pág. 661. Este último fué escrito durante la tregua de 1444 á 1449.

cia y encontrar expedientes en todas las dudas que pueden surgir.»

Quando el obispo escribió su tratado *Sur le fait de la justice* (*Sobre la administración de justicia*) para edificación de su hermano Guillermo, nombrado canciller en 1445, y luego las *Remonstrances au roy pour la réformation du royaume* (*Exhortaciones al rey para la reforma del reino*) (1453), el poder real estaba reconstituido, y á cambio del restablecimiento del orden era necesario sufrir la dominación muy dura de los procuradores del rey. Juan Jovenel se indigna contra los abusos de poder por éstos cometidos; se atreve á criticar el establecimiento del ejército permanente y la recaudación arbitraria del pecho que el rey recauda sin el consentimiento de los Tres Estados, y se pregunta en 1453 si «debe continuar ó no la ordenanza de los hombres de armas: parece que no, porque no tenéis ya ninguna guerra.» No manifiesta, por lo menos abiertamente, el temor de que el rey haga de su ejército un instrumento de tiranía, pero teme que los soldados de las compañías de ordenanza, al encontrarse desocupados, se dediquen á oprimir al pueblo. Y finalmente, excita á Carlos VII á que se conforme «con las leyes del reino» y á que convoque los Estados generales, porque este pecho de las gentes de guerra, que sirve sobre todo